

CAPÍTULO V.

EL IMPERIO PUDO ESTABLECERSE EN MÉXICO.

Antes de continuar el estudio de los aliados de Juárez, es indispensable, para apreciar la conducta del Archiduque Maximiliano, resolver en regla, sin preocupaciones ni reticencias, el siguiente problema : ¿fué posible el establecimiento del Imperio en Mexico ?

Hay que preguntar qué clase de Imperio : ¿El de Tiberio, el de Carlomagno, el de Carlos V, el de Napoleón I, el moderno de Rusia, los actuales de Austria-Hungría y Alemania? La misma palabra expresa muy diferentes formas de gobierno. Ninguno de los imperios que he citado pudo establecerse en México, lo que no quiere decir que no era posible establecer un imperio mexicano, un imperio especial para nuestro medio de 1864.

El imperio que ofreció la intervención francesa contaba con los elementos siguientes.

Desde luego con el clero y el partido conservador, que era absolutamente clerical. Creo que el

partido conservador, al traer la intervención armada, cometía el delito de traición á la patria; pero hacía bien en cometerlo. El partido conservador se encontraba en la necesidad de optar entre la traición á la patria ó á la religión. De dos males escogía el menor.

El católico asceta considera su patria como un lote fangoso y áspero del *valle de lágrimas*, que para las almas santas no es más que un muladar. El católico místico, profundamente espiritualista, sólo se fija en adaptar la naturaleza, la humanidad, la patria, las leyes, los hombres y las cosas á los sacramentos y mandamientos divinos; su deleite es la meditación, su tarea exclusiva contemplar lo invisible, su anhelo ardiente convertirse en abstracción. No pueden ser compatibles el patriotismo y el *nirvanismo social*. El católico combatiente, vociferador, político, teócrata, demagogo, se encuentra en el profetismo. Oseas no hacía más que llamar á los más feroces monarcas extranjeros para que invadiesen á su patria y pasasen á cuchillo á todos sus compatriotas, sin virtudes, sin fé, sin ardores religiosos, sin creencias santas, hombres, en fin, degenerados en víboras.

Todos estos tipos antisociales de católicos existen aún, especialmente en el sexo femenino, y el delito de traición á la patria, cuando se trata de salvar á la religión, no puede existir para sus con-

ciencias. El tipo del católico eminentemente social, político y evolucionista, es una creación del jesuitismo. Sin los jesuitas la religión católica estaría en el vasto osario de las instituciones que, empeñándose en no marchar, se empeñan en morir. El jesuitismo reconoce el patriotismo *con reservas*, la libertad *con reservas*, la democracia *con reservas*, el socialismo *con reservas* y es capaz de llegar á reconocer el ateísmo *con reservas*. Para el jesuitismo nada de lo que presenta la civilización moderna es condenable desde el punto de vista católico, si oportunamente se hacen las debidas reservas. Las reservas del jesuitismo consisten en aceptar todo ostensiblemente, con la sonrisa en los labios y la traición en el espíritu, decidido á destruir sigilosamente lo que con fingida buena fé se acepta, mientras llega el momento de atacarlo ostensible y reaccionariamente con la intriga ó con la fuerza.

La civilización, siendo más fuerte que el jesuitismo, hace que éste vaya marchando hacia adelante y olvidándose cada día más de cumplir el programa de las reservas. El jesuitismo es un cazador con piernas de elefante que persigue á un ciervo infatigable en un campo infinito. Cuando en determinado asunto el jesuitismo reconoce que las reservas son completamente ineficaces, procura acomodar lo mejor que puede y aunque no pueda, la teo-

logía y la ciencia y afirma que nada de la religión se ha alterado y que no ha habido más que una nueva interpretación del caso. A fuerza de interpretaciones, la teología jesuítica tiene que llegar á la incredulidad absoluta.

El jesuitismo es el justificador y el amplificador de la doctrina « *el fin justifica los medios* ». De manera que aun cuando se reconozca que llamar una intervención extranjera es una traición á la patria, con repugnancia debe ejecutarse si el fin es tan noble como salvar la religión. En política el principio adoptado por los jesuitas, « el fin justifica los medios », es esencialmente latino y no es otro que el de sobreponer á todo lo moral, lo justo y lo racional, la *salud* del Estado. El católico latino moderno es, pues, lógico con su raza, con su historia, con su naturaleza, con sus necesidades espirituales, cuando sobrepone á todo la *salud de la religión*, del mismo modo que los jacobinos justifican todas sus atrocidades con la *salud del pueblo*.

La raza anglo-sajona condena el principio latino de que el fin justifica los medios. El partido conservador ante la historia obró como partido político latino, sin ser más culpable que el partido liberal cuando arregló el tratado Mac-Lane. Entre este tratado y el Almonte-Napoleón, para traer la intervención, hay solamente la diferencia estable-

cida por el derecho penal entre el crimen intentado y el crimen consumado.

Tanto uno como otro partido eran latinos y obraban en consecuencia con su incorregible naturaleza.

*
**

El trono imperial de Maximiliano contaba también con el partido de los *hombres de orden*. Generalmente los *hombres de orden* son clericales, sin que esta filiación sea necesaria. El *hombre de orden* en el sentido histórico, es el *hombre de privilegio*. Los privilegiados aman el orden que mantiene sus privilegios intactos, flamantes, indestructibles. Don Francisco de P. Arrangoiz, enviado confidencial del Archiduque Maximiliano cerca de la Corte de Londres para solicitar el reconocimiento de su trono por la Gran Bretaña, explicaba á Lord Palmerston lo que en México se entendía por *hombres de orden*: « Todas las gentes de negocios, de fortuna, de educación, de nacimiento, de creencias, de moralidad y de saber ».

En todas partes del mundo, las clases privilegiadas con los derechos ajenos contienen naturalmente á los hombres de negocios, porque dichos negocios emanan y se mantienen con privilegios; contienen á los hombres de saber, porque cuentan con el privi-

legio del verdugo para el asesinato político de los que se atreven á condenar los privilegios; contienen á la clase rica, porque precisamente es el resultado de los privilegios; contienen á las gentes de creencias, porque sólo se consideran sanas las que justifican los privilegios; contienen á las gentes de nacimiento, porque sólo los privilegiados nacen; contienen á las gentes de educación refinada, porque ésta llega á ser el privilegio de los que pueden vivir sin trabajar, dedicados á pulir sus modales, lenguaje, estilo, preocupándose de ser entre sí lo más agradables posible.

El gobierno de privilegio es el representante del gobierno paternal; el soberano paternal tiene que atender á sus súbditos conforme á sus necesidades. El pueblo necesita ignorancia, desgracia, miseria, harapos, supersticiones, vicios, debilidad; porque de otro modo, obedeciendo á sus instintos exterminadores, destruiría el orden de los *hombres de orden*. Cuando algún rey bondadoso se empeña en no atender con tanto esmero las necesidades de su pueblo y quiere rebajar los privilegios de la clase gobernante, ésta prueba que eso no es posible, porque ella es la que sostiene el trono, la religión, la moral y el orden social, contra la voracidad bestial de las masas, y los privilegios no son más que el salario correspondiente á su noble y difícil tarea.

El gran error de los hombres de orden es desco-

nocer que á las sociedades primitivas las gobernaba sólo el instinto de conservación conforme á sus necesidades, entre las que no se contaban las intelectuales, descubridoras de las morales. Se debe al progreso intelectual el descubrimiento de la justicia, como el de la luz eléctrica y el del gobierno representativo. El gobierno debe radicar donde esté el dinero adquirido por la inteligencia, no el hereditario ó, más bien dicho, el gobierno del mundo ha pertenecido y pertenecerá al grupo intelectual. Las clases privilegiadas descuidan tener y mantener el privilegio de ser clases intelectuales ó profesionales, por la sencilla razón de que al llegar á determinado período intelectual los privilegios resultan condenados en vez de enaltecidos y llegado tan crítico momento histórico, las clases privilegiadas están obligadas á sacrificar sus privilegios ó á sacrificar su posición intelectual. La fortuna por los privilegios, origen de todos los demás que distinguen á las aristocracias, es una gran fuerza; pero la inteligencia le es superior y á ella le corresponde el gobierno universal. Lord Palmerston debía haber preguntado al Señor Arrangoiz : ¿de qué lado está la verdadera cultura intelectual? ¿Del lado de los reformistas mexicanos? Entonces poco importa que sean pobres, hambrientos, groseros, sin negocios, sin nacimiento, pues los *hombres de orden* están perdidos. El orden debe ser siempre progresista, porque de lo

contrario representaría el más criminal desorden contra las leyes de la evolución.

Si he hecho esta digresión, es para probar lo infundado de los *hombres de orden* para creerse con derechos indiscutibles con el objeto de gobernar á la sociedad en nombre de sus voluntades. Si el Imperio se apoyaba sobre los *hombres de orden* estaba condenado á muerte, como todo orden que significa el reposo en el abuso y en la degradación de la inteligencia.

*
*
*

Maximiliano contaba en 1864 con todos los *moderados*, cuyas eminencias eran notables por su probidad é ilustración, siempre que la causa imperialista no comprometiese la independencia ó la integridad territorial. La independencia estaba gravemente comprometida con sólo la presencia del ejército francés en el país. Para los moderados, éste era el sacrificio inevitable que hacía posible la aplicación del remedio heroico contra la anarquía crónica. La intervención era una especie de *camisa de fuerza* puesta á los partidos políticos para obligarlos á reflexionar y á enfriar sus destructoras pasiones. En cuanto al delito de traición á la patria, para los moderados, existía en los que trajeron al ejército francés; pero para ellos era

muy leve, porque sólo se limitaban á aceptar el hecho consumado, transformándolo en provechoso para la Nación.

En el espíritu de los moderados había dos patriotismos en conflicto : el consistente en aplicar un remedio heroico aunque pasajera y indigno, para salvar al país de su inmediata ruina completa, y el que consistía en dejar perecer á la sociedad muy avanzada en descomposición, más bien que aceptar del extranjero una fuerza que no podían dar los partidos nacionales, á quienes sólo debía el pueblo mexicano, maltrato, desmoralización, pillaje, debilidad y vergüenza. En el terreno de la política, los moderados eran muy débiles; en el social, muy fuertes.

*
**

Maximiliano contaba en 1864, con la gran masa razonable, políticamente pálida, legítimamente egoísta, prudentemente ambiciosa de bienestar, anhelante de paz, sostenida por un gobierno indefinidamente estable. En México no existía un poderoso partido monarquista teocrático en 1864; pero sí existía la nación sedienta de paz, abrumada de desgracias, con el alma inquieta y desgarrada como sus vestidos, como sus leyes, como sus esperanzas, como su dignidad, arrastrada en todos los vicios, como

sus intereses, estropeados por todas las violencias. La gran masa, más biológica que sociológica, ya no quería patriotismo, sino vida; sobre el sentimiento nacional pesaba hasta remolerlo el sentimiento humano, la ambición sin límites era resucitar, aun cuando fuera en los atléticos brazos de un ejército extranjero.

Llega un momento en que la voz de la especie humana se hace oír reclamando derechos anteriores al concepto, á la necesidad, al sentimiento de una patria. Ni la religión, ni la moral, ni el patriotismo pueden ir nunca más allá del instinto biológico de conservación. El patriotismo es un sentimiento moderno, porque el patriotismo antiguo era precisamente una de las más enérgicas formas del principio de conservación de vidas, costumbres, propiedades, religiones, castas y privilegios. No hay que tocar con el estilete de los atentados el fondo de una colectividad humana, reclamándole la aceptación de su exterminio; el patriotismo moderno tiene doscientos años; el instinto de conservación tiene la edad del género humano, más de trescientos mil años y, en vez de debilitarse, crece y se fortalece : en el patriotismo latino, el hombre es para la patria; en el anglo-sajón, la patria es para el hombre.

El hombre es el único animal progresista, debido á su inteligencia suprema. El hombre

es el único animal mental, moral y económicamente evolutivo, y esta evolución es la fórmula exacta de su mejoramiento. La civilización no es más que el poder creciente de la humanidad sobre su planeta y su destino. La horda salvaje es el esclavo cobarde de la naturaleza; la nación civilizada es su audaz soberana, cada día más exigente, más despótica, más arrogante. Donde el hombre sufre, hay un atentado contra su destino, un campanillazo que le recuerda la cuna de su especie, un empuje regresivo; el derecho natural sólo tiene un precepto, libertarse del mal por la fuerza; el derecho civilizado tiene otro, libertarse del mal por la justicia, y siempre el hombre justo se levantará en el porvenir sobre el hombre patriota.

Es bueno enseñar á los hombres á patriotas; pero esto no se enseña con suplicios, con actas, con insultos, con engaños, con crímenes, con tiranías, con toda clase de ofensas, tormentos y brutalidades; resultan patriotas todos los hombres que precisamente han sabido hacerse una patria; una patria es un hogar, no un calabozo; un hogar grande, tan grande como las virtudes privadas y públicas de su autor. Antiguamente, cuando la miseria atormentaba á pueblos sin ciencia, emigraban por naciones, por continentes, por hemisferios, hasta encontrar una tierra que les pareciese bendita y un sol generoso para todas las frialdades.

Hoy ya no puede haber de esas emigraciones; los pueblos son fijos y cuando sufren, lo que emigra son sus sentimientos, su abnegación, su paciencia y sus virtudes, y sólo queda en su conciencia la cólera para exterminarse ó la necesidad exasperada y desesperada de acatar la ley inviolable de las colectividades : la conservación.

*
*
*

Desde la clase indígena, silenciosa, pero humana, hasta la más encumbrada, filosófica, estaban en 1864 cansadas de promesas que se cumplían con atrocidades. Todos los partidos habían apelado á la tempestad para sembrar; todos habían querido labrar la tierra con el rayo, regar la libertad con despotismo, salvar los principios con la corrupción, cubrirse de bienestar haciendo de los atentados una industria nacional. Todos los partidos habían tenido hombres ilustres gesticulantes por transacciones vergonzosas; los facinerosos estaban en el gobierno á la altura de los honrados; había un general venerable que se llamaba Degollado, había otro del mismo escalafón que se llamaba Rojas; había un General Miramón como había un General Losada; en el orden civil era lo mismo, las más puras personalidades despilfarraban su honorabilidad en consideraciones para seres

asquerosos. El partido reformista, que ejercía el poder en 1861, no era propio para tan alto cargo. Yo adoro la memoria de Ocampo por ser el hombre de la verdad, y éste con su túnica siempre blanca como la honradez, ha dicho: « Por desgracia el partido liberal es esencialmente anárquico y no dejará de serlo sino después de muchos miles de años ». Ocampo debió haber escrito: « y no dejará de serlo mientras sea jacobino ».

La gran mayoría nacional, con tal de no ver comprometida su independencia ni su territorio, quería saborear un verdadero gobierno, quería saber cómo es la paz, quería gozar por la primera vez con la seguridad de su vida, de su trabajo, de su propiedad, de su presente y aun de su porvenir; poco le importaba para conseguirlo que el sistema de gobierno fuera antiguo ó de moda, con tal que fuera gobierno; la presencia pasajera de las bayonetas francesas no le era agradable, pero le era mucho menos la presencia perpetua de la anarquía.

*
**

Desde el momento en que Juárez se retiraba de la Capital no ofreciendo á los que siguieron su causa más que la fatiga, la miseria, las persecu-

(1) Melchor Ocampo, tomo II, pág. LV, edición A. Pola.

ciones y la muerte, la gran falange, fulminante en política, de los *convenencieros*, que posee grandes facultades de pensamiento, de acción, de audacia, de fuerza, que prestigia y desprestigia á los gobiernos y que da los triunfos y popularidad á todos los partidos, saltando de uno á otro de los platillos de la balanza, cuando el gobernante no compra con empleos su adhesión, quedaba enteramente á favor de Maximiliano. En esta falange hay espiritualistas, místicos, profetas, materialistas, espiritistas, ateos, teócratas, rojos, clericales; pero siguen siempre fielmente una bandera: la del actualismo opulento; son incondicionales para su vientre. La estrepitosa y decisiva falange actualista está constituida por el famelismo de las clases medias. Don Manuel Payno comisionado por el gobierno liberal en 1867, para estudiar lo relativo á las cuentas del Imperio, encontró 104,000 solicitudes de empleo, Payno quiso publicar la lista de los solicitantes y, según él contaba, Don Sebastián Lerdo de Tejada se lo prohibió, diciéndole: « Si publica Ud. esa lista nos quedamos sin partido liberal ».

Maximiliano contaba además con muchos liberales reformistas muy exaltados en ideas, pero muy moderados en carácter y en virtudes como la fidelidad, el valor y la constancia. Este grupo importante se sometió, porque estaba seguro que las cosas no tenían remedio y que era inútil, antipa-